

Franz Kafka

EL PROCESO

Traducción del alemán, notas  
y posfacio de Luis Fernando Moreno Claros

arpa



## ÍNDICE

Detención	9
Conversación con la señora Grubach / Después la señorita Bürstner	29
La amiga de B.	45
Primera investigación	55
En la sala de asambleas vacía / El estudiante / Los despachos	75
El apaleador	103
El tío / Leni	111
Abogado / fabricante / pintor	137
El comerciante Block / Despedida del abogado	197
En la catedral	233
Final	261
FRAGMENTOS	
Fiscal	269
A ver a Elsa	276

Lucha con el director adjunto	278
La casa	283
Viaje adonde la madre	287
Un sueño	291
POSFACIO	295
ESTA TRADUCCIÓN	321
NOTAS	323

## DETENCIÓN

Alguien tuvo que haber calumniado a Josef K., pues sin que hubiera hecho algo malo, fue detenido una mañana. La cocinera de la señora Grubach, su casera, que cada día le llevaba el desayuno temprano, hacia las ocho, no vino esta vez. Eso no había sucedido nunca. K. esperó todavía un momentito, vio desde su almohada a la anciana que vivía enfrente de él y que lo observaba con una desacostumbrada curiosidad, pero luego, al mismo tiempo extrañado y hambriento, tocó el timbre. Enseguida llamaron a la puerta con unos golpes y entró un hombre al que él aún no había visto nunca en esa casa. Era delgado aunque de constitución fuerte, llevaba un traje negro ajustado, que era similar a los trajes de viaje, provisto de diversos pliegues, bolsillos, hebillas, botones y un cinturón y, en consecuencia, sin que se supiera muy bien para qué podría servir, parecía especialmente práctico. «¿Quién es usted?», preguntó K., y de inmediato se sentó en la cama incorporado a medias. Pero el hombre pasó por alto la pregunta, como si hubiera que aceptar sin más su aparición, y por su parte solo dijo: «¿Ha llamado usted al timbre?». «Anna tiene que traerme

el desayuno», dijo K., e intentó primero en silencio, por medio de la observación y la reflexión, averiguar quién era realmente el hombre. Pero este no se prestó a su mirada durante mucho tiempo, sino que se volvió hacia la puerta, que entreabrió un poco para decirle a alguien que evidentemente estaba justo detrás de la puerta: «Quiere que Anna le traiga el desayuno». A esto siguió una pequeña risa en la habitación de al lado, por cómo sonaba no era seguro si había allí más personas partícipes. Pese a que con eso el hombre desconocido no podía haber sabido nada que no hubiera sabido antes, le dijo a K. en tono de aviso: «Es imposible». «Eso sería nuevo», dijo K., saltó de la cama y se puso con rapidez los pantalones. «Quiero ver, desde luego, qué clase de gente está en la habitación contigua y cómo responderá la señora Grubach ante mí de esta molestia». Por cierto, enseguida se dio cuenta de que no habría tenido que decir esto en voz alta, y que de ese modo, en cierta manera, reconocía un derecho de vigilancia del extraño, pero eso ahora no le parecía importante. De todas formas, así lo interpretó el extraño, pues dijo: «¿No querría usted mejor quedarse aquí?». «Ni quiero quedarme aquí ni que usted me dirija la palabra mientras no se me presente». «Fue dicho con buena intención», dijo el extraño, y entonces abrió la puerta voluntariamente. En la habitación de al lado, en la que K. entró más despacio de lo que quería, a primera vista todo parecía estar casi igual que la tarde anterior. Era la habitación de estar de la señora Grubach, tal vez en esa habitación, llena a rebosar de muebles, tapetes, porcelanas y fotografías, había ese día un poco más espacio que de costumbre; eso no se notaba enseguida, y menos aún cuando el cambio principal consistía en la presencia de un hombre que estaba sentado junto a la ventana abierta, con un libro del que

ahora levantó la vista. «¡Tendría usted que haberse quedado en su habitación! ¿Acaso no se lo ha dicho Franz?». «Sí, pero ¿qué es lo que quiere usted?», dijo K., y apartó la mirada del recién conocido hacia el otro llamado Franz, que estaba parado en la puerta, y después volvió a mirar al primero. A través de la ventana abierta podía verse otra vez a la anciana, la cual, con verdadera curiosidad senil, había pasado a la ventana que ahora tenían enfrente para seguir viéndolo todo. «Quiero ver a la señora Grubach», dijo K., e hizo un movimiento como si quisiera soltarse de los dos hombres, que sin embargo estaban bastante lejos de él, y estuviera dispuesto a seguir adelante. «¡No!», dijo el hombre que estaba junto a la ventana, arrojó el libro sobre una mesita y se levantó. «No le está permitido marcharse, usted está detenido». «Eso parece», dijo K. «¿Y por qué?», preguntó luego. «No estamos autorizados a decírselo. Váyase a su habitación y espere. El procedimiento judicial acaba de iniciarse ahora y usted se enterará de todo a su debido tiempo. Me excedo de mi cometido si le hablo de manera tan amigable. Pero espero que esto no lo oiga nadie más que Franz, y él mismo, contra todo reglamento, es amable con usted. Si también de ahora en adelante tiene usted tanta suerte como con la determinación de sus guardianes, entonces puede sentirse confiado». K. quiso sentarse, pero vio que en toda la habitación no había posibilidad de sentarse excepto en la silla junto a la ventana. «Ya verá usted todavía cuánta verdad hay en todo esto», dijo Franz, y se acercó a él al mismo tiempo que el otro hombre. Sobre todo el último superaba a K. en altura considerablemente y a menudo le daba palmaditas en el hombro. Ambos examinaron el camisón de dormir de K. y dijeron que ahora tendría que ponerse un camisón mucho peor, pero que ellos se harían

cargo de este camisón lo mismo que del resto de su ropa blanca, y que si su asunto terminaba bien se la darían otra vez. «Es mejor que usted nos dé las cosas a nosotros antes que al depósito», dijeron ellos, «pues en el depósito a menudo suceden fraudes y, además, allí se venden todas las cosas después de cierto tiempo, sin tener en cuenta si ha terminado ya o no el proceso judicial correspondiente. ¡Y cuánto duran este tipo de procesos, sobre todo en los últimos tiempos! En cualquier caso, usted recibiría del depósito el beneficio de la venta, pero este beneficio es, en primer lugar, insignificante, puesto que en la venta no decide el monto de la oferta más alta sino el monto del soborno; y segundo, sabemos por experiencia que estos beneficios merman al pasar de mano en mano y de año en año». K. apenas prestó atención a estas palabras, el derecho a disponer de sus cosas, que quizá tuviera todavía, era algo que no valoraba demasiado, le importaba mucho más hacerse una idea clara de su situación; pero en presencia de esta gente ni siquiera podía pensar; una y otra vez, la barriga del segundo guardián —solo podían ser guardianes— chocaba contra él literalmente con cordialidad, pero si alzaba la vista para mirarlo, entonces veía un rostro seco y huesudo, con una nariz robusta y torcida hacia un lado, que no pegaba nada con ese cuerpo grueso, y que, por encima de él, se entendía con el otro guardián. Pero ¿qué clase de hombres eran estos? ¿De qué hablaban? ¿A qué autoridad pertenecían? K. vivía en un Estado de derecho, en todas partes reinaba la paz, todas las leyes seguían vigentes, ¿quién se atrevía a asaltarlo en su casa? Siempre se mostraba inclinado a tomarse todo con la mayor ligereza posible, a creer en lo peor cuando lo peor llegaba, a no tomar ninguna precaución para el futuro, incluso cuando todo amenazaba.

Sin embargo, le parecía que aquí había algo que no iba bien; desde luego que todo esto podía tomarse como una broma, como una burda broma que le habían gastado los colegas del banco por motivos desconocidos —quizá porque hoy era su trigésimo cumpleaños—, naturalmente que era posible, quizá solo tuviera que sonreír de alguna manera a los guardianes a la cara y entonces ellos se reirían con él, quizás estos eran los mozos de servicio de la esquina de la calle, su aspecto no era distinto al de ellos; pese a todo, esta vez había decidido formalmente, ya desde la primera vez que vio al guardián Franz, no dejarse quitar de la mano ni la más mínima ventaja que quizá todavía pudiera tener sobre esa gente. Que más tarde se dijera que él era incapaz de entender una broma era algo en lo que K. veía un peligro mínimo, si bien se acordaba —sin que por lo demás hubiera sido su costumbre aprender de las experiencias— de algunos casos en sí mismos insignificantes, en los cuales él, a diferencia de sus amigos, con conciencia y sin el más mínimo sentido de las posibles consecuencias, se había comportado de manera imprudente, y por eso había sido castigado con el resultado. Eso no debería volver a ocurrir, al menos no esta vez: si esto era una comedia, entonces él quería participar.

Todavía era libre. «Permítame usted», dijo, y pasó rápidamente entre los guardias hacia su habitación. «Parece ser sensato», oyó decir detrás de él. En su habitación abrió de golpe los cajones del escritorio, allí todo estaba en el mayor orden, pero justo los documentos de identidad que él buscaba no pudo encontrarlos de momento, a causa de su agitación. Finalmente encontró su permiso de ciclista y quiso dirigirse con él a los guardias, pero entonces el documento le pareció demasiado insignificante y siguió

buscando, hasta que encontró la partida de nacimiento. Cuando regresó a la habitación de al lado, la puerta que estaba enfrente se abrió justo en ese momento, y la señora Grubach quiso entrar allí. Solo se la vio un instante, puesto que, apenas reconoció a K., se sintió visiblemente avergonzada, pidió disculpas, desapareció y, de manera muy cautelosa, cerró la puerta. «¡Pero entre usted!», todavía pudo decir K. Pero ahora él estaba plantado en medio de la habitación con sus documentos, todavía miraba en dirección a la puerta, que no había vuelto a abrirse, y en ese momento se asustó por una llamada de los guardianes, que estaban sentados a la mesa junto a la ventana abierta y, tal y como K. se dio cuenta, estaban devorándole su desayuno. «¿Por qué no ha entrado ella?», preguntó. «No le está permitido», dijo el vigilante grande, «es que usted está detenido». «Pero ¿cómo puedo estar detenido? ¿Y encima de esta manera?». «¡Ya empieza usted otra vez!», dijo el guardián y mojó el pan con mantequilla en el tarrito de miel. «Nosotros no respondemos a tales preguntas». «Pues tendrán ustedes que responderlas», dijo K. «Aquí están mis documentos de identidad. Ahora enséñenme ustedes los suyos, y sobre todo la orden de arresto». «¡Cielo Santo!», dijo el guardián, «¡que no pueda usted conformarse con su situación, y que encima parezca usted empeñado en irritarnos inútilmente a nosotros, que seguramente de todos sus prójimos somos los más cercanos a usted!». «Así es, pero créaselo», dijo Franz, que no se llevó a la boca la taza de café que sostenía en la mano, sino que miró a K. con una larga mirada, probablemente muy significativa, pero incomprendible. K. se dejó enredar sin quererlo en un diálogo de miradas con Franz, pero entonces golpeó sus documentos y dijo: «¡Aquí están mis documentos de identidad!». «¿Y qué

nos importan a nosotros?», gritó entonces el guardián grande. «Se comporta usted peor que un niño. Pero ¿qué es lo que quiere? ¿Quiere usted que su maldito gran proceso llegue a un final rápido discutiendo con nosotros, los guardianes, sobre los documentos de identidad o la orden de arresto? Nosotros somos empleados inferiores que apenas entendemos nada de documentos de identidad, y que en lo que se refiere a su asunto no tenemos otra cosa que hacer más que montar guardia durante diez horas al día para vigilarlo a usted, y por eso nos pagan. Esto es todo lo que somos nosotros, sin embargo, somos capaces de reconocer que las altas autoridades, a cuyo servicio estamos, antes de tramitar una detención semejante, se han informado muy exactamente sobre las razones de la detención y la persona del detenido. En esto no hay ningún error. Nuestra autoridad, por lo que yo la conozco, y solo conozco el grado más inferior, no busca tanto la culpa en la población, sino que, como se dice en la ley, es atraída por la culpa, y tiene que enviarnos a nosotros, los guardianes. Eso es ley. ¿Dónde habría ahí un error?». «Esa ley no la conozco», dijo K. «Tanto peor para usted», dijo el guardián. «Sin duda solo existe en las cabezas de ustedes», dijo K., que quería de alguna manera colarse en los pensamientos de los guardianes, cambiarlos para obtener ventaja o amoldarse a ellos. Pero el guardián solo dijo desdeñosamente: «Acabará usted sintiéndola». Franz intervino y dijo: «Mira, Willem, él admite que no conoce la ley y asegura al mismo tiempo estar libre de culpa». «Tienes toda la razón, pero a él no se le puede hacer entender nada», dijo el otro. K. no respondió nada más; «¿acaso —pensó— por culpa de la cháchara de estos órganos inferiores —ellos mismos admiten serlo— tengo que dejarme confundir todavía más? En cualquier caso, hablan

de cosas que no comprenden en lo más mínimo. Su seguridad solo es posible a causa de su estupidez. Unas pocas palabras que yo pudiera intercambiar con una persona de mi misma condición lo volverían todo incomparablemente más claro que los más extensos discursos con estos». Anduvo de acá para allá unas cuantas veces en el espacio vacío de la habitación, enfrente vio a la anciana que había llevado a la ventana a un anciano todavía más viejo que ella, al que sujetaba abrazándolo; K. tenía que poner fin a ese espectáculo: «Llévenme ustedes con su superior», dijo. «Cuando él quiera; no antes», dijo el guardián que había sido nombrado como Willem. «Y ahora le aconsejo», añadió además, «que se vaya a su habitación, que esté tranquilo y que espere a ver qué se determina sobre usted. Le aconsejamos que no se disperse con pensamientos inútiles, sino que se concentre, puesto que se le presentarán grandes exigencias. Usted no nos ha tratado como se merece nuestra deferencia, ha olvidado que nosotros —siendo como seamos—, al menos ahora, a diferencia de usted, somos hombres libres, eso no es algo de poco peso. No obstante, estamos dispuestos, en caso de que usted tenga dinero, a traerle un pequeño desayuno del café de enfrente».

Sin responder a esta oferta, K. permaneció un momento en silencio. Quizá si él abriera la puerta de la siguiente habitación o incluso la puerta del vestíbulo, esos dos no se atrevieran a impedirselo, quizá la solución más sencilla sería llevar la situación al extremo. Pero tal vez lo agarraran, y una vez que lo hubieran derrotado habría perdido toda su superioridad que, en cierto modo, todavía conservaba frente a ellos. Por eso prefirió la seguridad de la solución natural, tal y como buenamente tuviera que traerla el curso natural de los acontecimientos, y volvió a su habitación

sin que por su parte o por parte de los guardias se dejara caer una palabra más.

Se tendió en su cama y tomó de la mesilla de noche una hermosa manzana que había preparado la noche anterior para el desayuno. Ese era ahora su único desayuno, y de todos modos, tal y como constató cuando dio el primer gran mordisco, sería mucho mejor de lo que hubiera sido el desayuno del sucio café nocturno, que hubiera podido recibir merced a la clemencia de los guardianes. Se sintió bien y confiado, faltaría esa mañana a su servicio en el banco, pero esto, teniendo en cuenta la posición que allí ostentaba, relativamente alta, sería fácil de excusar. ¿Debería alegar la verdadera excusa? Pensó hacerlo. Si no le creían, lo que en este caso era comprensible, podría llamar a la señora Grubach como testigo, o también a los dos ancianos de enfrente, que ahora se habían puesto en marcha hacia la ventana que estaba situada justo delante de la suya. Le sorprendía a K., al menos desde la manera de pensar de los guardianes, le sorprendía que lo hubiesen empujado a la habitación y que lo hubieran dejado aquí a solas, donde tenía diez veces más posibilidades de suicidarse. También es verdad que simultáneamente se preguntó, esta vez desde su propia manera de pensar, qué razón podría tener para hacerlo. ¿Acaso porque los dos de al lado estaban allí sentados y le habían incautado su desayuno? Habría sido tan absurdo suicidarse que, incluso en el caso de que hubiera querido hacerlo, a causa de la absurdez de semejante hecho, no hubiera podido. Si la limitación intelectual de los guardianes no hubiera sido tan evidente, se podría admitir que, como consecuencia del mismo convencimiento, tampoco ellos habrían visto ningún peligro en dejarlo a solas. Que vieran ellos ahora, si es que querían verlo, cómo iba

al armarito de la pared en el que guardaba un buen aguardiente, cómo vaciaba un vasito primero como sustituto del desayuno, y cómo destinaba un segundo vasito a darse ánimos, lo último solo como precaución para el improbable caso de que tuviera que ser necesario.

Entonces lo asustó un grito de tal magnitud que dio con los dientes en el vaso. «¡El inspector le llama!», le dijeron. Fue solo ese grito lo que le asustó, ese grito breve, brusco, militar, del que nunca hubiera creído capaz al guardián Franz. La orden misma fue para él muy bienvenida. «¡Por fin!», gritó él como contestación, cerró el armario de la pared y fue corriendo enseguida a la habitación de al lado. Allí estaban los dos guardianes, que lo persiguieron para devolverlo a su habitación como si eso fuera lo más natural. «Pero ¿qué se cree vuestra excelencia? ¿Queréis ir en camisón a ver al inspector? Hará que os den una paliza, y a nosotros también». «¡Dejadme, por todos los demonios!», gritó K., al que ya habían empujado hasta el armario de la ropa, «cuando se me asalta en la cama no puede esperarse que se me encuentre en traje de fiesta». «Eso no ayuda», dijeron los guardianes, los cuales siempre que K. gritaba, se mostraban muy tranquilos y hasta casi tristes, con lo cual lo confundían o, en cierta manera, le hacían retornar a su juicio. «¡Ridículas ceremonias!», gruñó aún, pero cogió ya una chaqueta de la silla y la sostuvo un momentito con las dos manos, como si la sometiera al juicio de los guardianes. Ellos negaron moviendo sus cabezas. «Tiene que ser una chaqueta negra», dijeron. K. arrojó la chaqueta al suelo y dijo —él mismo no supo en qué sentido lo decía—: «¡Pero si todavía no es el juicio principal!». Los guardianes sonrieron, pero siguieron en las mismas: «Tiene que ser una chaqueta negra». «Si con eso acelero el asunto, tendrá

que parecerme bien», dijo K.; abrió él mismo el armario de la ropa, buscó largo rato entre tanto traje, eligió su mejor traje negro, un chaqué que por su corte casi había causado sensación entre los conocidos; luego se puso otra camisa, y comenzó a vestirse meticulosamente. En secreto creyó haber conseguido agilizarlo todo porque los guardianes habían olvidado obligarle a tomar un baño. Los observó para ver si quizá se terminarían acordando, pero eso, como es natural, no se les ocurrió en absoluto; en cambio, Willem no se olvidó de mandar a Franz al inspector con la noticia de que K. se estaba vistiendo.

Cuando estuvo completamente vestido, tuvo que pasar, apenas por delante de Willem, a través de la habitación contigua vacía a la siguiente habitación, cuya puerta con las dos hojas ya estaba abierta. Esta habitación, tal y como K. sabía con exactitud desde hacía poco tiempo, la ocupaba una tal señorita Bürstner, una mecanógrafa que acostumbraba a ir al trabajo muy temprano, regresaba tarde a casa y con la que K. no había intercambiado nada más que saludos. Ahora habían trasladado la mesilla de noche desde su cama al centro de la habitación como mesa de interrogatorios, y el inspector estaba sentado detrás de esta. Había cruzado una pierna sobre la otra y apoyaba un brazo sobre el respaldo de la silla. En una esquina de la habitación estaban de pie tres jóvenes y examinaban las fotografías de la señorita Bürstner, que estaban clavadas en una esterilla que colgaba en la pared. Del picaporte de la ventana abierta colgaba una blusa blanca. En la ventana de enfrente estaban otra vez los dos ancianos, pero había aumentado la compañía, pues destacando mucho por detrás de ellos, estaba un hombre con una camisa abierta en el pecho, que con los dedos se atusaba y retorció su perilla pelirroja.